

# Formación de Animadores Misioneros

## CARPETA 6

### Retos para la Misión de hoy



## Tema 2

### MISIÓN Y ECUMENISMO

## PRESENTACIÓN

**U**na herida en el cuerpo de Cristo: la división de los cristianos. La Basílica del Santo Sepulcro, centro de la devoción cristiana, tiene capillas que pertenecen a los armenios, a los griegos ortodoxos, a los católicos latinos, a los coptos. El altar de la Crucifixión es de los ortodoxos, el altar de la Virgen que se llama “Stabat Mater” es de los católicos, y en la misma edícula del Santo Sepulcro hay tres cuadros de Cristo Resucitado que son propiedad de las distintas denominaciones cristianas: ortodoxos, armenios y católicos, y hasta sus candeleros están diferenciados. Se ve el dolor de la herida de la división cristiana, que rompe la “unidad de la Iglesia”. De noche, una familia musulmana tiene la llave, que abre y cierra la puerta de la Basílica.

Esta escena es imagen de la división de los cristianos en todo el orbe. El proyecto de Cristo era el de una comunidad en la que todos fueran uno; por eso rogó en su pasión para que sus discípulos se mantuvieran en la unidad “como Tú y Yo somos uno” (Jn 17,21). Sin embargo, ya San Agustín, comentando el Evangelio de San Juan, dice que los soldados romanos tuvieron más piedad de Cristo que los cristianos, pues ellos no desgarraron la túnica inconsútil de Cristo, mientras que nosotros hemos desgarrado su cuerpo, que es la Iglesia. De este modo advertía de las tendencias del hombre viejo en el corazón de quienes hemos sido bautizados, trabajando contra el proyecto de unidad en Cristo.

**Un escándalo para la humanidad y un obstáculo para la misión.** “Yo admiro a Cristo, pero ¿quiénes son sus verdaderos discípulos?”. Esta pregunta la hacía un universitario chino al obispo católico de Ginebra. Un obispo indio de la diócesis de Dornalkal puso el dedo en la llaga en el Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI) ante la gran concurrencia de Iglesias: “La unidad puede ser, en Europa o en América, un ideal teórico, digno de estima, pero en tierras de misión es una cuestión vital para la Iglesia. Las divisiones entre cristianos pueden ser en países cristianos una fuente de debilidad; en los países no cristianos son un pecado y una pesada angustia”.

La unidad, con ser una realidad muy positiva en sí misma, tiene un cometido eminentemente misionero: “que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado”. El escándalo de la falta de unidad arruina el testimonio de la Iglesia misionera. La credibilidad del Evangelio queda herida de muerte por la división secular que interfiere en la vida de los cristianos. Resultaba por eso natural que el movimiento moderno de restauración de la unidad de los cristianos surgiera en los países de misión.

Éste es otro de los retos de la misión: la unidad de los cristianos. Ante el rostro de la Iglesia dividida y fraccionada no cabe sólo la lamentación. Son necesarias la oración y la acción. Para comprender mejor esta urgente necesidad, se hará aquí un rastreo por la historia para descubrir cómo se produjo la fractura, los intentos por restañar heridas y el camino para hacer posible la unidad.

### Desde la realidad

1. ¿Qué se entiende por ecumenismo? ¿Puedes citar alguna denominación de Iglesias ortodoxas y de reformadas? ¿Qué se entiende por Iglesias orientales? ¿Puedes citar alguna?
2. ¿Cuáles son las causas de la existencia de divisiones entre los cristianos? ¿Son incompatibles la unidad y el pluralismo en la Iglesia?
3. ¿Cómo presentar a la Iglesia como centro de la unidad de la familia humana? ¿Cómo podemos los cristianos anunciar a Jesucristo como reconciliador?

## **DESARROLLO EXPOSITIVO**

### *I. La unidad, don de Dios y tarea de los cristianos: ecumenismo*

**L**a unidad y la concordia son dones de Dios, que el hombre puede disfrutar por la gracia; por el contrario, la división y la discordia son invenciones del hombre, padecidas como fruto del pecado. También la Iglesia, que es congregación que escucha la palabra del Señor, sufre la disgregación que nace del corazón del hombre, aun del bautizado, cuando desoye la llamada a permanecer unido a Cristo. Esta tensión se ha manifestado a lo largo de la historia del cristianismo desde su mismo origen. La Iglesia sufrió desde el principio conflictos y desgarros de cierta gravedad, de los que se iba reponiendo gracias a la labor de los pastores que ejercían el ministerio de la unidad. Las crisis y la tendencia a la división han estado siempre presentes; incluso en los textos del Nuevo Testamento encontramos vestigios de las primeras contradicciones y confusiones que obligaban a los apóstoles a intervenir, pero, a medida que iban siendo superadas, fortalecían la catolicidad de la Iglesia.

Sin embargo, algunos de estos desgarros fueron traumáticos y sus secuelas han sido permanentes hasta el día de hoy. Cada cinco siglos, aproximadamente, se ha producido uno de ellos. Es importante reconocer las causas, no para culpabilizar al otro, sino para, asumiendo cada grupo su responsabilidad, poner las bases del entendimiento, esclarecer la verdad en el diálogo y restaurar la unidad.

La primera gran división se produce a partir de los concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451); como consecuencia de interpretaciones diversas de la naturaleza de Cristo y de la Santísima Trinidad, se separan las antiguas Iglesias orientales (monofisitas y nestorianas). Por su implantación geográfica en Oriente Medio y los avatares históricos derivados de la expansión del Islam, quedaron muy aisladas. Hoy son 22 millones de fieles distribuidos entre la Iglesia armenia, siria ortodoxa, copta ortodoxa de Egipto y copta de Etiopía.

En 1054 se produce el Cisma de Oriente entre Roma y Constantinopla; su causa está en diferencias sobre algunos aspectos de la organización eclesial y del Primado de Roma, sin que se den diferencias de fe. Sin embargo, el conflicto se agravó por razones políticas (el papel del emperador, los desmanes de los cruzados...). De aquella división se originaron 14 Iglesias ortodoxas que, actualmente, cuentan con 150 millones de fieles.

A principios del siglo XVI varios conflictos dan como resultado la ruptura de la Iglesia de Occidente. Puede situarse en 1529 el inicio de las escisiones de la Reforma protestante. Se trata de una gran variedad de confesiones y comunidades eclesiales que, desde entonces, llevan vidas separadas de la Iglesia Católica y entre ellas mismas: luteranos, anglicanos, reformadas o presbiterianas (calvinistas)... Las causas son complejas; entre ellas, la necesidad de una reforma de la Iglesia, en la que existían corrupciones evidentes, con las motivaciones políticas (luchas nacionalistas frente al Imperio) y los intereses económicos. No obstante, las diferencias doctrinales fueron importantes y afectaron al núcleo fundamental: la interpretación y el canon de la Biblia, la salvación por la fe y la ineficacia de las obras, los sacramentos, etc. La evolución del protestantismo ha dado lugar a un extremado pluralismo de confesiones, como lo revela el que en el Consejo Ecuménico de la Iglesias haya 342 Iglesias cristianas reconocidas. Hoy sus fieles son cerca de 500 millones. La Iglesia católica tiene 1.200 millones de bautizados.

En el siglo XX, se ha producido el fenómeno de las sectas y de las iglesias independientes, las cuales sólo en África superan las 15.000. Esta atomización del cristianismo, en parte deriva del protestantismo, pero también de la lectura del cristianismo desde culturas en las que su implantación es reciente y su inculturación deficiente, así como de la aculturación y secularización de las sociedades materialmente más desarrolladas.

## II. El movimiento ecuménico bajo el aliento del Espíritu Santo. Algunos hitos, progreso y dificultades

Todo lo que hoy conocemos como moderno movimiento ecuménico surgió en el año **1910** en la ciudad de **Edimburgo**. Las Sociedades protestantes de Misiones celebraban una conferencia universal. Un delegado de las “Iglesias Jóvenes” del Extremo Oriente –su nombre no ha sido retenido por las crónicas– toma la palabra cargado de emoción para subrayar que las divisiones entre los cristianos corrompen la credibilidad del Evangelio ante el corazón de los que no conocen el Mensaje.

*“Nos habéis enviado misioneros que nos han hecho conocer a Jesucristo. Os lo agradecemos. Pero nos habéis aportado al mismo tiempo vuestras distinciones y divisiones. Unos nos predicán el metodismo, otros el luteranismo, unos terceros el congregacionismo, otros más el episcopalismo... Os pedimos que nos prediquéis el Evangelio y que dejéis a Jesucristo el suscitar en el seno de nuestros pueblos, por la acción de su Espíritu Santo, la Iglesia de acuerdo con sus exigencias, conforme, al mismo tiempo, al carácter de nuestro pueblo, Iglesia que será Iglesia de Cristo en Japón, Iglesia de Cristo en China, Iglesia de Cristo en India... Ahorradnos todos esos ‘ismos’ que inciden en vuestra predicación del Evangelio entre nosotros”.*

Dos años después se crea la *Revista Internacional de Misiones*. En 1921 se funda el Consejo Internacional de Misiones con el objetivo de agrupar todos los esfuerzos protestantes interesados en la evangelización mundial. Se multiplican los encuentros y las reuniones de las Sociedades Misioneras y de los representantes de las Jóvenes Iglesias de los países de misión: Jerusalén, 1928; Tambaran (India), 1938...

El esfuerzo ecuménico en la primera mitad del siglo XX se realiza a través de instituciones como “Life and Work”, **Vida y Acción**, creada por Nathan Söderblom, arzobispo luterano de Upsala. Tiene por objetivo la unidad de los cristianos en el servicio, en la lu-

cha por la justicia y la paz; su lema era: “La doctrina divide, la acción une”. La primera conferencia fue en 1925, en Estocolmo, con 610 delegados de 33 países. La segunda, en Oxford (1937), con 300 delegados, en pleno auge de los fascismos, condenó al Estado cuando se convierte en ídolo, y captó la necesidad de fundamentar la acción en una doctrina clara.

La acción era una faceta importante en la unidad de los cristianos, pero se vio que ignorar lo que separa no era la mejor forma de unir. Se sintió la necesidad de afrontar las causas por las cuales esas doctrinas separan. Así se formó el movimiento “Faith and Order”, **Fe y Constitución**, creado por el obispo episcopaliano Charles H. Brent, con la finalidad de servir al diálogo doctrinal y superar los obstáculos teológicos. La primera conferencia fue en Lausana en 1927; allí se pidió a los asistentes que, sin abandonar sus convicciones, expusieran con claridad sus creencias sin ocultar los puntos en conflicto, según el método de “acuerdos y divergencias”. La segunda conferencia tuvo lugar en 1937 en Edimburgo, es decir, el mismo año y en el mismo país que la segunda conferencia de Vida y Acción. Es entonces cuando se decide la creación de un organismo único, el **Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI)**, cuya constitución se vio postergada, a causa de la II Guerra Mundial, hasta el gran encuentro de las Iglesias Protestantes de **Amsterdam** en **1948**. Este será el punto culminante del ecumenismo protestante. El CEI ya no será una unión de personas, sino de representantes oficiales de las Iglesias. Son admitidas aquellas comunidades eclesiales que suscriban una profesión de fe trinitaria y cristológica, aunque mantengan diferencias eclesiológicas. El CEI no es una super-iglesia o federación ni un concilio; pretende ser un instrumento para la unidad, que desaparecerá cuando se logre la unidad plena.

Entre tanto, pese a ciertas experiencias de diálogo como las conversaciones de Malinas entre católicos y

anglicanos, la Iglesia Católica se mostró reticente a participar en los movimientos ecuménicos. La idea ecuménica que primaba era el “retorno” a la Iglesia de Roma. Los Papas acogen los esfuerzos protestantes: así, Pío XI permite cierta participación, pero no la pertenencia a los movimientos antes citados; Pío XII reconoce que ello ha sido suscitado por la gracia del Espíritu Santo... Sin embargo, mantienen sus reservas,

porque, al principio, podía ser un sincretismo o un irenismo superficial. Poco a poco se van dando pasos de aproximación, hasta llegar al Concilio Ecuménico Vaticano II, que será ya un paso de gigante de la Iglesia Católica. En 1960 Juan XXIII creó el Secretariado para la Unidad de los Cristianos, cuyo presidente fue el Cardenal Bea SJ. En 1988 recibirá el nombre de Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos.

### III. Criterios católicos para el ecumenismo

El Concilio entiende por **ecumenismo** el esfuerzo manifestado con “*la oración, la palabra y la acción*”, realizado por inspiración del Espíritu Santo, para llegar a “*la plenitud de unidad que Jesucristo quiere*” para su Iglesia; el Concilio invita a todos los católicos a participar en la labor ecuménica (UR 4). Misión y ecumenismo están unidos porque “*la división de los cristianos perjudica a la causa santísima de la predicación del Evangelio a toda criatura y cierra a muchos la puerta de la fe*” (AG 6; RM 50).

El **objetivo** es la unidad plena y visible en una y única Iglesia, en la que pueda darse la única celebración de la Eucaristía. La unidad ha de alcanzarse en la verdad; no puede conseguirse sacrificando contenidos de fe para conciliar la diversidad doctrinal. La verdadera Iglesia de Cristo **subsiste** en la Iglesia Católica (cf. UR 4), aunque se reconoce que en las restantes Iglesias no se da un “vacío eclesial” y que existen elementos de verdadera Iglesia en las distintas comunidades eclesiales (cf. UR 4; UUS 48). Con las Iglesias Ortodoxas existe casi identidad de fe (cf. UR 13-16). Con las Comunidades Eclesiales Protestantes tenemos en común la confesión de la Trinidad, de Jesucristo, la Biblia, el sacramento del bautismo y algunos aspectos de la Cena del Señor (cf. UR 19-22).

Los caminos del ecumenismo reconocidos por el Concilio son:

**a) Unidad de corazón:** la primacía de la oración para llegar a la unidad; la conversión a Jesucristo; y el testimonio del amor mutuo (cf. UR 6-8). Es el camino del ecumenismo espiritual emprendido por las Igle-

sias, dentro del cual podemos contar algunas iniciativas pioneras: el P. Wattson, anglicano, fundador de la Comunidad del Atonement, inicia en 1908 el Octavario por la Unión de las Iglesias; el sacerdote católico P. Couturier relanza la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, en 1937, con el ideal de “la unidad que el Señor quiera y por los caminos que Él quiera”.

**b) Unidad de pensamiento:** a través del conocimiento mutuo de los hermanos, superando los prejuicios, busca pasar del intercambio de ideas al intercambio de dones, procurando la formación ecuménica, el diálogo en materias doctrinales y en la forma y expresión de la fe. Es el camino del diálogo teológico (cf. UR 9-11; UUS 59). En esta línea se enmarcan los gestos ecuménicos como los viajes del Papa y encuentros como los de Taizé...

**c) Unidad de acción:** colaborar en la edificación de la unidad terrena en la justicia y la paz a la que están llamados especialmente los laicos. Los cristianos de diversas confesiones podemos reunir y poner al servicio del mundo inmensas energías dispersas que redunden en favor de la dignidad de la persona, la defensa de la vida, de los derechos humanos, de un desarrollo económico integral, de la liberación del hombre de regímenes políticos opresores, la preservación de la ecología, etc. (cf. UR 12; UUS 43).

El primer milenio fue el de la unidad, el segundo milenio fue el de la separación; pedimos a Dios que, al alba del tercer milenio, avancemos hacia la unidad plena y podamos beber juntos el cáliz del Señor.

## Para la reflexión personal

---

**E**l siglo XX ha representado el resurgir del ecumenismo, por gracia del Espíritu Santo. Ha sido un don de Dios en todas las confesiones cristianas. Después de haber estudiado este tema:

- 1 ¿Has participado alguna vez en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos? ¿Distingues entre diálogo ecuménico y diálogo interreligioso? Ciertamente están unidos en el respeto y en el método de diálogo, pero se diferencian por los interlocutores: en el primer caso son cristianos y hermanos (Ga 3,28; 1 Co 12,13; UUS 42); el diálogo interreligioso se dirige a los judíos, musulmanes y demás religiones (NA 2).
- 2 “*La Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia Católica*” (UR 4). Es un reconocimiento, con verdad, que hace el Vaticano II. Esto nos llama a un conocimiento de nuestra Iglesia y a una conversión personal. ¿Qué consecuencias tiene para tu vida? Los católicos, ¿damos ejemplo de formación cristiana, conocimiento de la Biblia, coherencia de vida...?
- 3 El Vaticano II habla de Iglesias Ortodoxas y Comunidades Eclesiales, significando que fuera de la Iglesia no hay “vacío eclesial”. Ellos poseen muchos valores cristianos, que nos pueden enriquecer a los católicos. Puedes leer los números 16 y 20 del decreto *Unitatis redintegratio*.

## Para el trabajo en grupos

---

“**E**s la primera vez en la historia que el ecumenismo ha adquirido unas proporciones tan grandes y se ha extendido en un ámbito tan amplio. Esto es don inmenso que Dios nos ha concedido y merece toda nuestra gratitud” (UUS 41).

- 1 ¿Qué actitudes consideráis fundamentales para el ecumenismo?
- 2 Según el Vaticano II, por “*el Movimiento Ecuménico se entiende todas las actividades e iniciativas que, según las varias necesidades de la Iglesia y las características de la época, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos*” (UR 4). Es una definición descriptiva. Podéis hacer un comentario aplicándolo a vuestro entorno.
- 3 En nuestra Iglesia católica hay diversos carismas, movimientos... ¿Pensáis que esto es nocivo para la unidad? ¿O es mejor la unidad en la variedad? ¿Cómo podemos vivirlo para enriquecernos mutuamente? (1 Co 12).

## TESTIMONIO

### SIGNOS DE UNIDAD

Cuando un pequeño grupo que participábamos en el Centro Ecuménico de Estudios Bíblicos decidimos celebrar unidos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, no podíamos imaginar que aquel pequeño “grano de mostaza” se transformaría en la planta que ahora nos alegra a todos con su crecimiento en toda la Región Este de Sao Paulo.

Dicha Semana de Oración la promueve y organiza en Brasil el Consejo Nacional de Iglesias Cristianas y se celebra, significativamente, en la semana que precede y culmina en la fiesta de Pentecostés. En la Región Este de Sao Paulo la celebramos en 1997 por primera vez unidos, tres pastores metodistas, un pastor pentecostal de la Asamblea de Dios, un pastor presbiteriano unido, yo como único sacerdote católico y nuestras respectivas comunidades. La evaluación final fue unánime: para todos fue una rica experiencia en la que nos enriquecimos mutuamente, una gracia del Espíritu Santo que, coincidíamos, ya no podríamos dejar de repetir. Desaparecieron prejuicios, desconfianzas, miedos... Aumentó en cada uno la convicción de que Dios no nos quiere iguales, pero sí unidos. Que la unidad, en verdad, presupone siempre la diversidad. Que Dios no exige que expresemos fe, sentimientos, conocimientos de una misma manera, pero sí que, en las diferencias, encontremos lo que nos une, lo que nos hace uno. Descubrimos por nosotros mismos la verdad de las palabras de Juan Pablo II cuando, en *Ut unum sint*, escribe sobre la “primacía de la oración común” en el camino ecuménico: “Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une” (UUS 22).

En los años siguientes repetimos la experiencia, y lo que más me llamó siempre la atención fue ver la alegría de los laicos de vernos a sacerdotes y pastores no sólo orar jun-

tos por la unidad, sino amigos y solidarios entre nosotros. Así llegamos al año 2000, y en él, a la conocida Campaña de la Fraternidad, cuya novedad y originalidad estuvo en el hecho de haber sido programada, realizada y evaluada ecuménicamente. Su objetivo general fue: “Unir las Iglesias en el testimonio común de la promoción de una vida digna para todos, en la denuncia de las amenazas a la dignidad humana y en el anuncio del Evangelio de la paz, superando las divisiones, las desconfianzas y sospechas en las relaciones recíprocas y la hostilidad de un pasado marcado por polémicas y por persecuciones religiosas”. Uno de sus frutos, especialmente relevante, fue el proyecto de una “Casa de Acogida” para atender de manera personalizada a personas que viven en la calle; sería un servicio social y un ejercicio práctico de solidaridad con los excluidos, realizado como signo ecuménico y que ampliaría nuestras relaciones en el ámbito no sólo de la oración sino también de la acción.

Aún queda mucho por hacer. Vemos todavía muchas Iglesias Cristianas que tienen su sede en la misma calle, pero que se desconocen, cuando no compiten entre sí. Vemos también con demasiada frecuencia el escándalo que causan tantas iglesias y religiones desunidas, indiferentes y remisas ante situaciones que hieren desacaradamente la dignidad y matan la vida. Ante esa realidad, los miembros de las Iglesias que celebramos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos sentimos con más convicción el desafío: unir nuestras diversidades para testimoniar la unidad en favor de la dignidad, la paz y la vida para todos que Jesús tanto quería. En esto somos optimistas, pues sabemos que, a partir de la acción del Espíritu, los signos de esta unidad en nuestra vida ya comienzan a aparecer.

---

JULIÁN SÁNCHEZ HERMIDA

Misionero del IEME en Brasil

## ORACIÓN

Jesús mismo antes de su Pasión rogó para “*que todos sean uno*” (Jn 17,21). Esta unidad, que el Señor dio a su Iglesia y en la cual quiere abrazar a todos, es fruto de la acción, pero también de la oración. Unidos a la Iglesia orante, imploramos del Señor la unidad entre los cristianos.

*Que los caminos se abran a tu encuentro,  
que el sol brille templado sobre tu rostro,  
que la lluvia caiga suave sobre tus campos,  
que el viento sople siempre a tu espalda,  
y que hasta el día que volvamos a encontrarnos  
Dios te tenga en la palma de sus manos.*

(Bendición irlandesa)

*Creo Señor y confieso - que en verdad eres - el Cristo Hijo de Dios vivo -  
que has venido al mundo - para salvar a los pecadores - de los cuales - soy  
yo el primero.*

*Creo también que éste es tu sacrosanto y purísimo Cuerpo - y que ésta es  
tu sacrosanta y purísima Sangre. Por eso te imploro - tengas piedad de mí -  
perdóname mis faltas - voluntarias e involuntarias - cometidas por palabras  
o acciones - con conocimiento o por ignorancia - y dignate admitirme a  
participar - sin condenación de tus Santos Sacramentos - para la remisión  
de mis pecados y la vida eterna.*

*Admíteme hoy - a tu Mística Mesa - oh Hijo de Dios... porque no te daré  
el beso de Judas, sino que a ejemplo del buen ladrón - te confieso - y te  
digo: acuérdate de mí, Señor - en tu Reino.*

*Y que la Comunión de tus santos sacramentos - no sea, Señor - motivo de  
juicio o condenación - antes me aproveche para curar mi alma y mi cuerpo.*

(De la liturgia bizantina)